

El Latinoamericanismo

Por el Prof. PEDRO GODOY

Fac. de Filosofía y Educación (U. de Chile)

I

Sarmiento en su ensayo "Conflictos y Armonías de las Razas en América" preguntábase: "¿Somos europeos? Tantas caras cobrizas nos desmienten. ¿Somos indígenas? La sonrisa de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la única respuesta. ¿Somos nación? Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimiento. ¿Argentinos? Hasta dónde y desde cuando, bueno es darse cuenta de ello". Con estas interrogantes de fuego aplicables a cada una de los países de América Latina el sanjuanino ilustre, como un cirujano social, hunde el bisturí en un problema que a nuestros filósofos librescos no ha preocupado: la substancia, el ritmo y la dirección de las áreas del Nuevo Mundo incorporadas a la historia por España y Portugal. Aunque las soluciones que brindó como investigador y estadista son hoy reprobables, su mérito reside en haber puesto en el tapete de la meditación y la polémica una cuestión clave para el porvenir continental.

No es posible en un artículo despejar la incógnita, pero sí es dable aportar datos que la experiencia pretérita no iluminó con la experiencia actual. El derecho afirma que la nación es un núcleo humano que, habitando un territorio común, es cohesionado por un poder soberano. La sociología poniendo énfasis, no en lo geográfico-político, sino en lo demográfico apunta que la nación es una entidad bio-cultural. La primera postulación conduce a poner como términos correlativos a la nación y al Estado. La segunda explica al Estado como producto de la nación.

El derecho vertió su teoría en las constituciones. Luego la cátedra y la prensa concluyeron por transformar esa doctrina convencional en verdad absoluta. Cada Estado regional de América Latina se autotituló orgullosamente de nación. La nación mexicana, la nación salvadoreña,

la nación argentina. . . 19 brotaron sobre la vasta superficie extendida desde la Baja California a la estepa patagónica-fueguina. Y de no asumir la autocracia caudillos del tipo de Rosas, Portales, Castilla o Santa Cruz, la balcanización habría continuado. El fusilamiento de Francisco Morazán, v. gr., significó automáticamente la organización de las 5 micro-repúblicas de América Central.

El feudalismo con su dinámica dispersiva, unido al imperialismo anglo-yanqui, provocó la fragmentación hispanoamericana. La América lusitana dotada de un poder central vigoroso y prestigiado sofocó cuanto intento separatista se produjo. El Brasil contemporáneo debe su cohesión a ese factor. Acá, por el contrario, el derrumbe de la Casa de Borbón a manos de Bonaparte y la guerra civil entre liberales y absolutistas carcomió los cimientos del Estado imperial, liberando los agentes balcanizadores. América hispánica una en raza, idioma y fe. Vinculada por tradiciones ancestrales y por una historia tricentenaria pierde su unidad nacional desgarrándose en cantones débiles y empobrecidos. Al fundarse los 19 Estados la soberanía del cacicazgo suplanta a la soberanía de la nación. Bolívar y San Martín se estrellan contra la miopía agresiva de los generales de la Independencia y los intereses egoístas de los doctores. Hoy cada república, cubriendo una lonja de la nación hispanoamericana, busca —mediante la edificación de una muralla china de prejuicios— de acentuar las diferencias con los vecinos en vez de fundirse en la comunidad.

No utilizamos para titular esta colaboración la palabra hispano-americanismo, sino latinoamericanismo porque el Brasil pese a su matiz idiomático diverso, debe integrarse. Las colonias europeas y yanquis del área antillana y atlántica austral, que reunidas suman 650 mil kms.2, están prontas a incorporarse a la Patria Grande. La Guayana Británica, próxima a manumitirse de la servidumbre, ha expresado tal aspiración. El apotegma del Libertador "Todo nos une, nada nos separa. O nos unimos o perecemos" mantiene plena vigencia y continúa empapado de la pasión con que fue pronunciado. Gabriela Mistral en nuestra época invita a la nueva generación a "dirigir toda actividad, como flecha, hacia este futuro ineludible: la América española unificada por dos cosas estupendas la lengua que le dió Dios y el dolor que le da el Norte".

II

El latinoamericanismo, cuyo propósito central es convertir a América Latina en Estado Nacional, posee fundadores y cultores clásicos y modernos. Entre los primeros como ya lo adelantamos están Simón Bolívar y José de San Martín. Como el caraqueño posee en comparación con el inmortal de los Andes una actuación más prolongada a esta doctrina

unificativo se le denomina también bolivarismo. Los clásicos son aquellos que, en la centuria pasada, intuyendo los efectos nocivos del separatismo trataron de impedirlo elaborando proyectos de integración. Se cuentan entre ellos a Lucas Alamán, Cecilio del Valle, Eugenio M. Hostos, José Martí, Bernardo Monteagudo, Benjamín Vicuña Mackenna, Juan Egaña y otros no menos valiosos. Los modernos son los que en el presente siglo, escapando de la idiotización cosmopolita de la religión liberal positiva, vuelcan su atención al contorno inmediato redescubriendo el hogar americano que una cultura de evasión, impuesta con fines aviesos, se había preocupado de ocultar o de menospreciar.

Entre estos últimos se encuentran figuras cumbres de la acción y del pensamiento como José Vasconcelos, Carlos Pereyra, Juan José Arévalo, Pedro Henríquez Ureña, César A. de León, Rufino Blanco Fombona, Benjamín Carrión, Antenor Orrego, Franz Tamayo, Manuel Ugarte, José Ingenieros, Tancredo Pinochet o Eugenio Orrego Vicuña. Ideólogos extracontinentales, pero ligados efectivamente a América Latina contribuyen también a dar forma y contenido al programa bolivariano. Tal es el caso de los españoles Miguel de Unamuno y Salvador de Madañaga y del norteamericano Waldo Frank. Todos los nombrados —casi sin excepción— son desconocidos. La enseñanza secundaria y superior no ha incorporado a los programas el estudio de las biografías y de las obras de los latinoamericanistas mencionados, sino que continúa tozudamente transmitiendo una cultura adventicia sin raigambre en la realidad. Vacuo repertorio de datos muertos que las juventudes rechazan instintivamente. Los pedagogos oficiales justifican esto parloteando doctoralmente sobre la neutralidad escolar y la objetividad científica. Desde otro ángulo podemos afirmar, sin riesgo a equivocarnos, que el europeizante esbozará una mueca de desdén al enterarse de esta nómina. "Los trasplantados" no aceptan la existencia de una cultura nacional ni menos la idea unificadora. De este modo los colonos mentales operando como quintacolumna de los imperios son agentes eficaces del pesimismo disgregador en América Latina.

El latinoamericanismo no es congelada erudición, sino una ideología viviente que se manifiesta en la práctica creadora. Después de las fallidas experiencias de México, Argentina, Guatemala y Bolivia es en Cuba donde encuentra eco profundo. El nacionalismo y el socialismo se ensaban en el experimento antillano cuya revolución verdeoliva se proyecta sobre el continente inspirándose en la teoría de Bolívar y de Marx y en la labor de Martí y de Lenin. El doctor Fidel Castro ha otorgado carta de nacionalización al socialismo científico. Así como el leninismo y el maismo son las aplicaciones de ese sistema de ideas las peculiares condiciones de la URSS y del Asia respectivamente,

fidelismo es el marxismo aplicado a la realidad de América Latina. Desde luego no es ni puede ser un dogma petrificado, sino una guía para la acción.

El latinoamericanismo en estuche fidelista y el panamericanismo disfrazado de Alianza para el Progreso se enfrentan en un duelo de proporciones. Playa Girón es sólo una escaramuza. El secular antagonismo entre Bolívar y James Monroe lo protagonizan ahora Castro y Johnson. La absorción imperial de EE.UU., no es una dolencia eterna, según lo demuestra Cuba. La Habana reclama la representación de los pueblos latinoamericanos y la totalidad de la Patria Grande acusa la inquietud precursora de un cambio. Cada 100 años —canta un bardo— los ponchos colorados de los llaneros y de los gauchos turban el sosiego invitando a acciones trascendentales. Del fidelismo depende que ellas hagan posible que —antes del año 2000— América Latina, una, soberana y socialista pueda brindar a la especie humana una pujante civilización y una original cultura. Frutos del genio vigoroso de la raza estimulado por la teoría renovadora del marxismo.